

## CAPÍTULO I

## I

En su asiento del vagón de primera clase para fumadores, el juez Wargrave, retirado hacía poco de la judicatura, chupaba su cigarro, mientras leía con interés las noticias políticas de *The Times*.

Dejó el periódico y miró por la ventanilla. En ese momento el tren atravesaba el condado de Somerset. Consultó su reloj: todavía quedaban dos horas de viaje.

Recordó entonces los artículos publicados en la prensa sobre la isla del Negro. Hablaban de un millonario americano, loco por los yates, que había comprado esta pequeña isla frente a la costa de Devon, y construido en ella una lujosa y moderna residencia. Desgraciadamente, la flamante tercera esposa del rico americano no tenía aficiones marineras y, por ello, la isla, con su mansión, fue puesta a la venta. Varios anuncios fueron publicados en los periódicos. Un buen día se supo que la isla la había adquirido un tal Mr. Owen. En seguida los cronistas de sociedad comenzaron a difundir rumores. La isla del Negro había sido adquirida en realidad por miss Gabrielle Turl, la famosa estrella de Hollywood, que deseaba descansar algunos meses lejos de la publicidad. *Busy Bee* insinuó, delicadamente, que sería una morada para la familia real. *Mr. Merryweather* sabía de buena fuente

que la habían comprado para una luna de miel. ¡Por fin, el joven lord L... se había rendido ante Cupido! *Jonas* afirmaba que la isla del Negro la había comprado el almirantazgo para dedicarla a experimentos altamente secretos.

En resumen, la isla del Negro era noticia.

El juez sacó de su bolsillo una carta. La escritura era prácticamente ilegible; pero de vez en cuando unas palabras se destacaban más que las otras con una inesperada claridad.

*Mi querido Lawrence... después de tantos años sin tener noticias tuyas... debes venir a la isla del Negro... un sitio verdaderamente encantador... tantas cosas para contarnos... de tiempos pasados... en comunión con la naturaleza... tostarse al sol... a las 12:40 salida de Paddington... recibirte en Oakbridge... [y su corresponsal firmaba con mucho adorno] Siempre tuya,*

CONSTANCE CULMINGTON

El juez Wargrave intentó recordar la fecha exacta de su último encuentro con lady Constance Culmington; debía de remontarse a siete, no, ocho años atrás. La dama se marchaba a Italia para tostarse al sol, comulgar con la naturaleza y los campesinos. Más tarde oyó contar que se había trasladado a Siria, con la intención de tostarse bajo un sol más ardiente todavía y comulgar con la naturaleza y los beduinos.

«Constance Culmington —se dijo el magistrado— es una mujer capaz de comprarse una isla y rodearse de misterio.» Aprobó satisfecho la lógica de su argumentación y, reclinando la cabeza, se dejó mecer por el movimiento del tren...

Se quedó dormido.

## II

Vera Claythorne, sentada en un vagón de tercera en compañía de cinco pasajeros, cerró los ojos con la cabeza recostada hacia atrás. ¡Qué calor más sofocante hacía dentro de aquel compartimiento...! ¡Qué bien se estaría a orillas del mar! Había tenido mucha suerte al conseguir aquel trabajo. Cuando se solicitaba un empleo para los meses de vacaciones, lo normal era que la contrataran a una para vigilar niños. En cambio, las plazas de secretaria, en época estival, se presentaban muy de tarde en tarde. Ni siquiera en la agencia de colocación le habían dado una mínima esperanza.

Pero entonces llegó la carta.

*La agencia de colocaciones Skilled Woman me ha propuesto su nombre y la recomienda calurosamente. Creo entender que la conocen personalmente. Estoy dispuesta a pagarle los honorarios que usted solicita y cuento con que podrá entrar en funciones el 8 de agosto. Tome el tren de las 12:40 en Paddington y se la irá a recibir a la estación de Oakbridge. Le adjunto cinco billetes de una libra para sus gastos de viaje.*

*Sinceramente suya,*

UNA NANCY OWEN

En el membrete se consignaba la dirección del remitente: *Is-la del Negro, Sticklehaven (Devon)*.

¡La isla del Negro! ¡No se hablaba de otra cosa en los periódicos! Toda suerte de murmuraciones y de rumores interesantes, aunque, sin duda, la mayoría eran falsos. De todas maneras, la casa había sido construida por un millonario americano y era, al parecer, el colmo del lujo.

Vera Claythorne estaba muy fatigada por su último trimestre de clases.

«Ser maestra de párvulos en una escuela de tercer orden no es muy brillante... Si por lo menos pudiese encontrar un empleo en una escuela *decente*... —se dijo.

» Aunque debería considerarme dichosa —pensó con el corazón oprimido—. A la gente, por lo regular, no le gustan los que han sufrido una investigación judicial, aunque luego fui absuelta por el *coroner*\* de todo cargo.»

Incluso había sido felicitada por su presencia de ánimo y su serenidad, recordó. La investigación no pudo haberle sido más favorable. Mrs. Hamilton le había manifestado su gran afecto. Solamente Hugo... *pero ella no tenía que pensar en Hugo*.

De súbito, a pesar del calor sofocante que reinaba en aquel compartimiento, se estremeció y deseó no tener que dirigirse hacia el mar. En su mente se dibujaba un cuadro con toda claridad: *Veía la cabeza de Cyril subir y bajar de la superficie del agua y dirigirse hacia las rocas*. Aparecía y se sumergía... y ella misma, nadadora experta, tras él, avanzando entre las olas, pero muy consciente, demasiado, de que no llegaría a tiempo...

El mar con su cálido color azul fuerte, las mañanas que pasaron tendidos sobre la arena. Hugo... Hugo, que le había dicho que la amaba...

*No tenía* que pensar más en él.

Abrió los ojos y miró desabridamente al viajero sentado frente a ella, un hombretón de cara bronceada, ojos claros y boca arrogante, casi cruel.

\* El *coroner* es una figura sin equivalencia en nuestra judicatura, que realiza la instrucción preliminar del caso para ver si hay materia delictiva y pasarlo luego al fiscal. (*N. del T.*)

«Apostaría a que este hombre ha recorrido el mundo y visto cosas sumamente interesantes», pensó.

### III

Philip Lombard juzgó de una sola ojeada a la joven que se sentaba frente a él.

«Muy atractiva —pensó—. Quizá con demasiado aspecto de institutriz.»

Una chica lista, dedujo, y muy capaz de defenderse, tanto en el amor como en la guerra. No estaría mal cortejarla...

Frunció el ceño. No. Tenía que dejarse de tonterías. Los negocios ante todo. Era preciso que concentrara su mente en el trabajo.

¿De qué se trataba realmente? El pequeño judío se había mostrado excesivamente misterioso.

«—¿Lo toma o lo deja, capitán Lombard?

»—Cien guineas, ¿eh? —había dicho él, pensativo.»

Le había contestado con gesto indiferente, como si cien guineas no significasen nada para él. ¡*Cien guineas*, ahora que estaba sin blanca! Adivinó, sin embargo, que el pequeño judío no era cándido; el problema con los judíos era precisamente que no se les podía engañar en asuntos de dinero. Parecían leer nuestros pensamientos.

«—¿No puede usted facilitarme más información? —le preguntó con la misma indiferencia.»

Mr. Isaac Morris había sacudido con energía su pequeña cabeza calva.

«—No, capitán Lombard, las cosas son así. Mi cliente sabe que usted tiene fama de ser una persona que sabe salir de una situación comprometida. Estoy autorizado a entregarle la suma de cien guineas y, en reciprocidad, usted debe ir a

Sticklehaven, en Devon. La estación más próxima es Oakbridge; desde allí será conducido en automóvil hasta Sticklehaven y luego una embarcación le llevará a la isla del Negro. Al llegar, usted se pondrá de inmediato a disposición de mi cliente.

»—¿Por mucho tiempo? —le preguntó bruscamente.

»—Una semana, a lo más.»

El capitán Lombard comentó mientras se atusaba el bigote:

«—Queda bien entendido que no haré nada... ¿ilegal?

»Al pronunciar estas palabras, Lombard lanzó una rápida mirada a su interlocutor. Una ligera sonrisa había aflorado en los carnosos labios semíticos de Mr. Morris, cuando éste respondió con voz grave:

»—Si se le pidiera alguna cosa ilegal, quedaría en completa libertad para retirarse.»

¡Al cuerno con ese judío meloso! ¡Había sonreído! Como si supiera que en el pasado de Lombard la legalidad no había sido siempre una condición *sine qua non*...

Los labios de Lombard se entreabrieron en una sonrisa.

¡Por Júpiter! ¡Era cierto que en una o dos ocasiones había rozado la frontera de la legalidad, pero nunca le habían atrapado! En realidad no se paraba ante nada...

No, no tenía reparos. Presentía que en la isla del Negro iba a pasarlo bien.

#### IV

En el vagón de no fumadores, miss Emily Brent se sentaba muy erguida, según su costumbre. Tenía sesenta y cinco años y reprobaba todo abandono. Su padre, coronel de la antigua escuela, siempre había sido muy exigente en cuanto al porte.

La generación actual era desvergonzadamente negligente en el porte, y *en todo lo demás...*

En aquel vagón de tercera clase, abarrotado de viajeros, miss Brent, envuelta en una aureola de honestidad y principios irrenunciables, triunfaba sobre la incomodidad y el calor. ¡En esos tiempos la gente exageraba tanto las cosas más nimias! Todos querían una inyección antes de dejarse arrancar una muela; tomaban somníferos si no podían dormir; exigían tumbonas y almohadones; las muchachas descuidaban la silueta y exhibían sus cuerpos medio desnudos en las playas en verano...

Miss Brent apretó los labios. Hubiera querido dar un escarmiento a algunas personas para que sirviera de ejemplo.

Recordó las vacaciones del año anterior. Este año, sin embargo, sería diferente. La isla del Negro...

Mentalmente, releyó la carta que tantas veces había leído.

Querida miss Brent:

Espero que se acuerde de mí. Hace algunos años pasamos juntas el mes de agosto en la pensión Belhaven... ¡Y parecía que teníamos tantos gustos afines!

En este momento tengo la idea de establecer una pensión de mi propiedad en una isla cerca de la costa de Devon. Creo que un lugar como ése, que ofrezca una cocina sencilla y buena y la presencia de una persona agradable de la vieja escuela, puede tener mucho éxito. ¡Nada de desnudeces y gramófonos a medianoche! Yo estaría encantada si pudiera venir a pasar sus vacaciones de verano en la isla del Negro, gratis, como mi invitada. ¿A principios de agosto, le convendría...? ¿Le parece el día 8?

Con mis mejores recuerdos, sinceramente suya,

U. N. O.

¿Qué nombre era aquél? Resultaba difícil leer aquella firma. Impaciente, Emily Brent pensó: «Mucha gente hace firmas indecifrables».

Intentó recordar a los huéspedes de Belhaven, donde había pasado dos veranos seguidos. Había una gentil mujer de mediana edad que se llamaba..., ¿cómo se llamaba...? Miss... Veamos, era hija de un canónigo, y después aquella Mrs. Olten... Ormen... No. Decididamente se llamaba *Oliver*. Sí, Oliver.

¡La isla del Negro! Se había hablado de ella en los periódicos, algo de una actriz de cine, ¿o era un millonario americano?

Claro que una isla no solía ser muy cara, ya que no a todo el mundo le gustaba una isla. La idea les parecía muy romántica, pero, una vez instalados, se daban cuenta de sus desventajas y sólo deseaban venderla.

Emily Brent pensó: «Sea como fuere, este año mis vacaciones no me costarán nada».

Con sus ingresos cada vez más reducidos y con tantos dividendos impagados, aquella invitación era algo que tener en cuenta. Si al menos pudiera recordar mejor a Mrs. Oliver, o ¿era tal vez miss?

## V

El general Macarthur se asomó a la ventanilla de su compartimiento. Estaban llegando a Exeter, donde haría el transbordo de tren. ¡Maldita sea! ¡Qué lentos eran estos trenes de líneas secundarias! ¡Y pensar que, en línea recta, la isla del Negro estaba tan cerca!

No tenía muy claro quién era el tal Owen. Al parecer, era amigo de Spoof Leggard y de Johnnie Dyer..

«—*Vendrán uno o dos de sus viejos camaradas que se sentirán encantados de charlar con usted de los tiempos pasados.*»

Por supuesto le gustaría charlar del pasado. Desde hacía un tiempo tenía la impresión de que sus amigos lo eludían. ¡Y todo a causa de ese condenado rumor! ¡Dios mío, resultaba duro! ¡Habían pasado más de treinta años! Armitage debía de haber hablado. ¡Condenado jovenzuelo! ¿Qué sabía aquel charlatán? ¡Oh, bueno, por qué preocuparse por todo aquello! Uno se figuraba un montón de cosas; se imaginaba que los otros lo miraban de reojo.

Le agradaría ver aquella isla del Negro que tanto espacio ocupaba en las crónicas. Probablemente algo habría de verdad en el rumor de que el almirantazgo, el ministerio de Guerra o la fuerza aérea se habían adueñado del lugar.

El joven Elmer Robson, el millonario americano, había construido en el lugar. Y a buen seguro, se habría gastado unos miles de libras esterlinas. Todos los lujos del mundo.

¡Exeter! ¡Una hora de parada! Ya estaba harto de esperas. Le hubiera gustado continuar.

## VI

El doctor Armstrong conducía su Morris a través de la llanura de Salisbury. Se sentía muy cansado... El éxito tenía su precio. Hubo un tiempo en que pasaba el día sentado en su consultorio de Harley Street,\* correctamente vestido, rodeado de los más modernos aparatos y de los muebles más lujosos, esperando, esperando durante días enteramente ociosos el éxito o el fracaso de sus esfuerzos.

\* Calle de Londres donde viven los médicos famosos. (N. del T.)

¡Pero ya había triunfado! ¡La suerte le había sonreído! La suerte, secundada por su saber, vale decirlo. Conocía admirablemente su oficio... aunque esto no siempre fuese suficiente para triunfar. Había que contar también con la suerte. ¡Y la tuvo! Un diagnóstico acertado a dos damas de la mejor sociedad, y la voz se difundió:

«—Debéis probar con el doctor Armstrong..., bastante joven, pero muy inteligente. Pam había visitado durante años a toda clase de médicos, ¡y él descubrió el problema a la primera!»

Y así había empezado a rodar la bola de nieve.

Actualmente, el doctor Armstrong estaba en la cumbre. Tenía todos los días ocupados. No disponía de un minuto para él. Por esto, en esta mañana de agosto, disfrutaba al dejar Londres para ir a pasar algunos días en una isla situada frente a la costa de Devon.

No se trataba exactamente de unas vacaciones. La carta que había recibido estaba redactada en términos muy vagos, pero nada de vago tenía el cheque que la acompañaba. ¡Unos honorarios fabulosos! Esos Owen debían de nadar en dinero. El marido, al parecer, estaba preocupado a causa de la salud de su esposa y quería que le hiciera un reconocimiento sin alarmarla. Ella rehusaba ser visitada por un médico. Los nervios...

¡Los nervios! El médico arqueó las cejas. ¡Las mujeres y los nervios! Pero, al fin y al cabo, eso era bueno para su negocio. La mitad de las mujeres que le consultaban no sufrían otra enfermedad que el aburrimiento... ¡Pero no le agradecerían que se lo dijera! Y siempre se puede achacar a otras causas...

«—*Un ligero trastorno debido a...* (aquí una palabra científica larga y complicada). *Nada importante, pero es preciso ponerle remedio. Un tratamiento muy sencillo.*»

En medicina, por lo general, era la fe la que curaba. Y él se daba buena maña: inspiraba confianza y esperanzas a sus pacientes.

Afortunadamente, consiguió salir adelante después de aquel asunto de hacía diez, no, quince años atrás. ¡Se había salvado por un pelo! Estaba haciéndose trizas. La desgracia le hizo reaccionar. Dejó de beber. Por Júpiter, que estuvo en un tris de...

Con un estridente toque de claxon, un enorme «Super Sport Dalmain» le pasó a una velocidad de ciento treinta kilómetros. El doctor Armstrong por poco acabó en la cuneta. Uno de esos jóvenes imbéciles que devoran la carretera. No podía sufrirlos. Había estado a punto de provocar un accidente. Maldito idiota...

## VII

Anthony Marston pasaba como una tromba por el pueblecito de Mere y se decía a sí mismo:

«¡Es espantoso el número de coches que congestionan las carreteras! ¡Siempre alguno te bloquea el paso! ¡Y tienen que circular por el centro! ¡Es desesperante conducir en Inglaterra! ¡No como en Francia, donde sí se puede correr!»

¿Sería mejor detenerse y tomar un refresco, o proseguir el viaje? Tenía mucho tiempo y sólo le faltaba otro centenar de millas. Pediría una ginebra y una cerveza de jengibre. ¡Qué calor tan sofocante...!

Si persistía el buen tiempo, se divertiría en aquella isla. Se preguntaba *quiénes serían* esos Owen. Sin duda, unos nuevos ricos. Badger tenía un olfato especial para encontrar gente de esa calaña. Claro que el pobre no tenía más remedio, porque no tenía un duro...

¡Con tal de que tuvieran una bodega bien surtida! Nunca se sabía con esos ricos de nuevo cuño, que no habían nacido con dinero... Lástima que esa historia de que Gabrielle Turl había comprado la isla no fuera cierta. ¡Le hubiera gustado codearse con los amigos de la actriz!

Pero quizás hubiera algunas muchachas...

Salió del hotel, estiró las piernas y los brazos, bostezó, contempló el cielo azul y subió de nuevo a su «Dalmain».

Varias muchachas lo observaban. Su metro ochenta de estatura, sus cabellos rizados, su tez bronceada y sus ojos de un azul intenso, suscitaban admiración.

Dejó ir el embrague y, con un rugido del motor, el auto trepó de un brinco por la estrecha calleja. Unos ancianos y varios chicos de los recados se apartaron a su paso por precaución. Estos últimos, subyugados, siguieron con la mirada el coche.

Anthony Marston continuaba su marcha triunfal.

## VIII

Mr. Blore viajaba en el lento tren procedente de Plymouth. En su compartimiento sólo se encontraba otra persona: un viejo marino con los ojos turbios, que ese momento dormía.

Mr. Blore escribía con cuidado en un pequeño cuaderno de notas.

«La lista está completa —dijo en voz baja—: Emily Brent, Vera Claythorne, el doctor Armstrong, Anthony Marston, el viejo juez Wargrave, Philip Lombard, el general Macarthur, C. M. G., D. S. O.,\* y los criados: Mr. Rogers y su mujer.»

\* Miembro de la Orden de San Miguel y San Jorge. Cruz de servicios distinguidos. (*N. del T.*)

Cerró el cuaderno, lo guardó en el bolsillo y echó una mirada a su compañero de viaje.

«Se ha tomado una copa de más», diagnosticó con acierto.

Repasó mentalmente con mucho cuidado cada uno de los puntos.

«El trabajo será de los más fáciles —pensó—. No veo en qué puedo equivocarme. Confío en que mi aspecto no deje nada que desear.»

Se levantó, se acercó al espejo del compartimiento y se observó nervioso. El rostro poco expresivo tenía un aire militar. Usaba bigote y los ojos grises estaban un poco juntos.

«Podría pasar por un comandante —observó para sí Mr. Blore—. ¡Ah, no! ¡Me olvidaba del viejo general! No tardaría en desenmascaramme... ¡África del Sur...! —siguió con su monólogo interior—. ¡Ésta es mi coartada! Ninguna de esas personas ha estado en África del Sur y, como yo acabo de leer estos prospectos de viaje, podré hablar con seguridad del país.»

Afortunadamente en las colonias había todo tipo de personas. Presentándose como un hombre acaudalado de África del Sur, Mr. Blore presentía que sería aceptado en la alta sociedad de cualquier país.

*La isla del Negro.* Recordaba haber estado allí durante su infancia. Un peñasco nauseabundo, frecuentado por las gaviotas, a una milla de la costa. Esta isla debía su nombre a su parecido con una cabeza de hombre... de labios negroides.

¡Graciosa idea la de edificar allí una morada! Era horrible con mal tiempo. ¡Pero los millonarios eran tan caprichosos! Su compañero de viaje se despertó.

—En el mar no puede preverse nada —dijo el viejo.

—Exacto. Nunca se sabe qué nos espera —replicó Mr. Blore, conciliador.

—Se acerca una tormenta —prosiguió el viejo con voz lastimera, sacudido por el hipo.

—No, no, amigo —respondió Mr. Blore—. Hace un tiempo espléndido.

—Le digo que la tormenta está en camino. —El viejo se enfadó—. Puedo *olfatearla*.

—Quizá tenga razón —dijo Mr. Blore con un ademán apaciguador.

El tren se detuvo en una estación y el viejo se levantó tambaleante.

—Yo me bajo aquí.

Sacudió la portezuela. Mr. Blore acudió en su ayuda.

El viejo se demoró en el estribo. Alzó una mano con gesto solemne y entornó sus ojos legañosos.

—¡Velad y orad! —dijo—. ¡Velad y orad! ¡El día del Juicio se acerca!

Tropezó y fue a caer en el andén. Desde el suelo, miró a Mr. Blore.

—Le hablo *a usted*, joven —le dijo muy digno—. El día del Juicio está muy cercano.

Hundido en su asiento, Mr. Blore pensó:

«Él está más cerca que yo del día del Juicio».

Pero Mr. Blore se equivocaba...